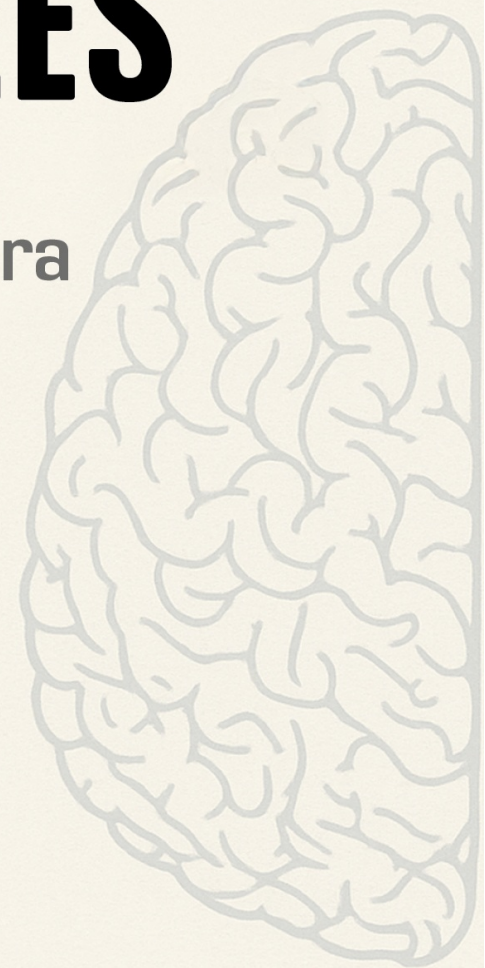
Boris Walbaum

LA EXCELENCIA NO ES LO QUE CREES

Educación y crianza en la era de la IA



FORWARD PRESS

Boris Walbaum

La excelencia no es lo que crees

Educación y crianza en la era de la IA

© Boris Walbaum, 2026

ISBN: 9791043905926

Librinova

www.librinova.com

El Código de la Propiedad Intelectual prohíbe las copias o reproducciones destinadas a un uso colectivo. Toda representación o reproducción íntegra o parcial realizada por cualquier procedimiento que sea, sin el consentimiento del autor o de sus derechohabientes, es ilícita y constituye una falsificación sancionada por los artículos L335-2 y siguientes del Código de la Propiedad Intelectual..

Introducción

La promesa y la paradoja

La inteligencia artificial promete revolucionar la educación. Tutores personalizados disponibles 24/7. Retroalimentación instantánea sobre cualquier tarea. Rutas de aprendizaje adaptativas que se ajustan al ritmo de cada estudiante. Acceso a instrucción de clase mundial sin importar la geografía o los ingresos. Por primera vez en la historia, podríamos democratizar el tipo de tutoría individualizada que solo los ricos podían permitirse. El potencial parece ilimitado.

Aun así, esto es solo la superficie de cómo la IA transformará la educación. Bajo el entusiasmo sobre el aprendizaje personalizado y la calificación automatizada yace una disrupción más fundamental. Las mismas capacidades que las escuelas han valorado durante siglos - memorización, cálculo, análisis, incluso razonamiento sofisticado - son precisamente lo que las máquinas ahora hacen mejor.

La escalera se tambalea

Todos los padres conocen esta angustia. Quieren que sus hijos ingresen a la escuela correcta, aspiren a los mejores niveles, coleccionen los diplomas que abren las mejores puertas. Los presionas para que trabajen más duro, inviertes en tutores, sigues su progreso como si construyeras un portafolio frágil. La presión es real, porque los lugares en la cima parecen escasos.

Vivimos en sistemas que todavía funcionan como torneos. Solo hay un número limitado de lugares en las mejores universidades, las mejores pasantías, las mejores empresas. A los padres y a los hijos se les dice que si no corren más rápido, se quedarán atrás. Esto alimenta una espiral: calificaciones más altas, currículums más largos, más certificados. Las tasas de admisión en las universidades de la Ivy League se han dividido entre tres en los últimos 20 años, creando cada vez más frustración.

Sin embargo, la escalera misma se está tambaleando.

La paradoja es evidente: mientras más asciende un niño en la jerarquía del logro académico, más expuesto puede estar a la ola venidera de inteligencia artificial. D. Autor, economista del MIT, lo expresó sin rodeos: la IA puede dañar más a los médicos que a las enfermeras, porque lo que las máquinas replican primero es el razonamiento complejo, no el cuidado o la empatía.

En otras palabras, las carreras más "prestigiosas" - aquellas que requieren décadas de entrenamiento intelectual - pueden ser también las más vulnerables[1].

Aun así, permanecemos atrapados en la lógica de la escasez, porque es lo que conocemos. Los rankings, las tablas de clasificación y las pruebas estandarizadas mantienen los ojos de todos fijos en el espejo retrovisor. Mientras más empujamos a los niños a dominar formas estándar de conocimiento y análisis, más compiten con máquinas que realizan estas tareas más rápido y más barato. La escalera del prestigio académico, que alguna vez fue la ruta más segura hacia la seguridad, es ahora la escalera que conduce directamente a la competencia con la IA. El sistema recompensa la conformidad en un momento en que las reglas del juego están a punto de cambiar.

La cuestión no es si nuestros hijos serán más inteligentes que las máquinas. Es si nos atreveremos a redefinir qué significa "éxito" en sus vidas.

El auge de la IA, el declive de las fortalezas humanas

En 2018, Jack Ma, fundador de Alibaba, advirtió en el Foro Económico Mundial: "No traten de competir con las máquinas. Enseñen a los niños lo que las máquinas no pueden hacer". La mayoría asintió cortésmente. Pero luego todos volvieron a presionar por mejores calificaciones en matemáticas, más horas de estudio, rankings más altos. Su advertencia se ha vuelto más relevante cada año.

La IA avanza a toda velocidad. Cada año trae titulares que antes parecían ciencia ficción. En 2023, GPT-4 aprobó el examen de la barra de abogados estadounidense con resultados al nivel de los mejores candidatos humanos. En 2024, AlphaGeometry, un sistema desarrollado por Google DeepMind, resolvió 25 de 30 problemas de la Olimpiada Internacional de Matemáticas - igualando a los medallistas de oro e incluso resolviendo un problema que los expertos no habían logrado descifrar desde 2004. Otros sistemas ahora generan código de software, traducen entre docenas de idiomas o producen resúmenes de investigación en segundos.

Esto es lo que algunos llaman "inteligencia a costo casi cero". Así como la máquina de vapor alguna vez hizo que la fuerza física fuera barata y abundante, la IA ahora hace que el poder cognitivo sea barato y abundante. Lo que antes tomaba años de esfuerzo humano ahora puede producirse instantáneamente, a gran escala.

Mientras tanto, el lado humano de la historia no es alentador. En varios países, las puntuaciones promedio de CI han comenzado a declinar - revirtiendo el "efecto Flynn" que las elevó durante décadas. Los niveles de atención, motivación y escrupulosidad muestran signos preocupantes de erosión. Lo más alarmante de todo es que la salud mental juvenil se está

---

[1] Autor, D. (2025). *Expertise: When job tasks are automated, does this augment or diminish the value of labour in the tasks that remain?* MIT/NE article.

deteriorando. Las tasas de ansiedad, depresión y autolesiones han aumentado drásticamente en la última década, particularmente desde el COVID. Una epidemia de soledad está en aumento.

Esto crea un efecto tijera: por un lado, las máquinas ascienden rápidamente en tareas de lógica, análisis y memoria; por otro lado, las capacidades humanas que requieren esfuerzo y cuidado - atención, resiliencia, motivación, cooperación - están bajo presión.

No es solo que la IA sea fuerte. Es que muchos jóvenes están luchando por ser fuertes en las mismas áreas donde solo los humanos pueden marcar la diferencia. Si continuamos definiendo la excelencia solo como puntajes de exámenes, calificaciones y desempeño intelectual, estamos conduciendo a nuestros hijos directamente hacia las fauces de estas tijeras.

De futuros probables a futuros deseables

La educación siempre ha navegado entre dos horizontes: preparar a los estudiantes para el mundo probable que heredarán y asegurar la prosperidad económica, mientras cultiva las capacidades humanas que deseamos ver florecer en las sociedades.

La historia nos muestra que las grandes revoluciones tecnológicas fuerzan esta recalibración. La imprenta no sólo difundió libros - permitió una nueva visión educativa. Erasmo y los humanistas usaron textos impresos para democratizar el aprendizaje más allá de los muros de los monasterios, creando escuelas que enseñaban lectura crítica en lugar de memorización mecánica. Esta revolución educativa sentó las bases para la Ilustración: la alfabetización generalizada hizo posible el debate razonado, lo cual hizo concebible la democracia.

La Revolución Industrial exigió otra transformación. Surgieron escuelas con modelo de fábrica para satisfacer las necesidades económicas: trabajadores que pudieran leer instrucciones y llegar a tiempo. Pero reformadores como Horace Mann y Jules Ferry vieron más allá de la mera preparación de la fuerza laboral. La educación pública masiva crearía ciudadanos informados capaces de participación democrática, rompiendo siglos de inmovilidad de clase. A pesar de su estructura rígida y estandarizada, este modelo cumplió ambas promesas: prosperidad económica y expansión democrática.

Cada vez, la educación sirvió tanto a la adaptación práctica como a la aspiración humana. El desafío era encontrar el equilibrio. Ahora la IA presenta una disrupción tan fundamental como la imprenta o la máquina de vapor, forzándonos una vez más a reimaginar cual es el objetivo de la educación. Las escuelas de hoy todavía funcionan con el modelo industrial: estudiantes sentados en filas, consumiendo contenido estandarizado, tomando exámenes sincronizados. Lo que es cierto para las familias es igualmente cierto para las sociedades. El culto a la competencia intelectual puede ofrecer tranquilidad a corto plazo y estímulo, pero corroe el tejido social. Aísla a los ganadores, humilla a los perdedores, y deja los vínculos cívicos debilitados en el momento mismo en que los desafíos colectivos - cambio climático, polarización, disrupción tecnológica - exigen cooperación y confianza.

Las ciencias del aprendizaje han demostrado desde hace mucho que este modelo no coincide con cómo los humanos realmente aprenden. Los niños no están diseñados para sentarse quietos durante horas absorbiendo información. Incluso el lugar de trabajo ya no recompensa lo que las escuelas miden: nadie es promovido por memorizar procedimientos o sentarse en silencio.

El sistema persiste no porque funcione sino porque nos ha faltado el catalizador para la transformación. Ahora la IA proporciona ese catalizador —y a diferencia de revoluciones anteriores, golpea el núcleo de la educación. La imprenta cambió cómo accedemos al conocimiento; la revolución industrial cambió dónde aprendemos; pero la IA desafía lo que entendemos por inteligencia misma, desafía por qué aprendemos.

Esto podría ser liberador. Así como la revolución industrial liberó a los humanos del trabajo físico, permitiendo la educación masiva y el desarrollo humano, la IA puede liberarnos de una perspectiva muy estrecha de lo que trata la inteligencia humana.

¿Cómo sería la adaptación completa a un futuro probable dominado por la IA? Las escuelas harían de la IA el centro del aprendizaje - no solo para acelerar el progreso e intensificar la competencia, sino para preparar a los estudiantes para las nuevas carreras que crea. Los tutores de IA personalizarían cada lección, los asistentes ofrecerían ayuda 24/7, y la evaluación automatizada seguiría el desempeño en tiempo real. Los estudiantes dominarían el diseño de prompts, el entrenamiento de modelos y la colaboración humano-IA - aparentemente una forma sensata de prepararse para una fuerza laboral impulsada por IA.

Sin embargo, este camino contiene una certeza y una incertidumbre peligrosa. La certeza: mientras la IA reemplaza la interacción humana, profundizará la soledad que ya se extiende por las naciones desarrolladas. En los EE.UU., la educación en el hogar con inteligencia artificial ha aumentado más del 50% desde 2017, cada niño aprendiendo en aislamiento. La incertidumbre: nadie sabe qué trabajos existirán en una década. Estamos pidiendo a los niños que se adapten a un objetivo móvil - que se optimicen para roles que podrían desaparecer - mientras erosionamos las relaciones que sostienen el aprendizaje y la cohesión social.

Sin embargo, la alternativa puramente deseable es igualmente equivocada - una utopía digital donde todos se dedican a la creatividad y la autoexpresión mientras las máquinas gestionan silenciosamente la producción. Imaginen escuelas sin exámenes, solo "proyectos con significado"; estudiantes escribiendo poesía mientras los algoritmos sostienen la economía. Suena ilustrado, pero generaría una nueva forma de dependencia: ciudadanos ricos en ideales pero desconectados de los sistemas que los alimentan, les dan energía y los gobiernan. Los padres que apuestan todo a la autorrealización mientras ignoran la realidad económica preparan a sus hijos no para la libertad, sino para la fragilidad y la dependencia radical de las máquinas.

El desafío es navegar entre estos extremos mientras el poder de la IA se acelera. Encontrar una visión equilibrada para la educación requiere no sólo entender qué cambia la IA y hacia dónde va, sino también quiénes somos realmente. Parece que de alguna manera hemos olvidado que somos principalmente animales sociales que evolucionaron a través de la conexión genuina. La verdadera ventaja de nuestra especie nunca ha sido solo el razonamiento individual. Ha sido nuestra capacidad de cooperar a escala y de imaginar futuros juntos. Como

nos recuerda Yuval Noah Harari en Sapiens, los humanos conquistaron el planeta no por ser más fuertes o más inteligentes como individuos, sino por crear confianza, compartir historias y organizarse colectivamente. Nuestra felicidad no depende de tener nuestras necesidades satisfechas sino de importarle a otros que nos importan.

La tarea de la educación es, por lo tanto, perseguir un renacimiento exigente - exigente porque requiere dominio tanto de herramientas técnicas como de profundidades humanas. Esto no es ni humanismo nostálgico ni tecno-optimismo ingenuo; es el reconocimiento de que estamos en una encrucijada donde lo probable y lo deseable pueden divergir catastróficamente o converger creativamente. Y cómo converjan o diverjan depende de nuestras decisiones en materia de educación en el presente. La pregunta ya no es si integrar la IA en la educación sino cómo hacerlo mientras fortalecemos en lugar de rendir nuestra humanidad. Si tenemos éxito, la era de la IA no catalizará el declive de la inteligencia humana sino su renacimiento más exigente - uno que requiere que seamos tanto técnicamente capaces como profundamente humanos, tanto adaptativos como transformadores, tanto realistas sobre lo que viene como audaces sobre lo que es posible.

Capítulo 1:
El futuro del empleo y la sociedad

Las preguntas que pesan sobre las familias hoy - carreras frágiles, tecnologías impredecibles, el miedo a la irrelevancia - no permanecen privadas. Se escalan hacia el futuro del trabajo y la esencia misma de las sociedades. La educación nunca es solo una apuesta personal sobre el futuro de un niño; es el mecanismo por el cual las comunidades deciden cómo reproducirse, qué valoran y qué horizontes consideran que vale la pena perseguir.

Lo que sigue es un ejercicio de imaginación. Pasamos del futuro del lugar de trabajo al orden social más amplio, trazando futuros posibles - estados algorítmicos, feudalismo impulsado por el mercado, regulación democrática, resiliencia local. Estos bocetos son deliberadamente audaces. No son pronósticos en los que creer, sino espejos ante los cuales reaccionar - porque decidir qué tipo de futuro queremos es el primer paso para decidir cómo la educación debe prepararnos para él.

El futuro del trabajo

Cuando se trata de educación, la preocupación más profunda de los padres ha permanecido igual durante generaciones: asegurar la autonomía material de sus hijos garantizándoles un trabajo estable y reconocido. Sin embargo, esta ansiedad persistente adquiere una nueva urgencia frente a la ruptura tecnológica provocada por la inteligencia artificial.

Las primeras señales de advertencia ya son visibles. Un estudio realizado en Stanford en el verano de 2025 mostró que el empleo para trabajadores en inicio de carrera de 22-25 años cayó un 13% en relación con la IA[2] en los campos más expuestos (software, gestión de clientes…). Esto no es solo otra estadística sino un síntoma profundo. La pregunta ya no es qué trabajos desaparecerán, sino hasta qué punto la misma entrada a la vida laboral - ya cargada de obstáculos - se volverá más incierta para toda una generación.

La historia, sin embargo, aconseja humildad. Desde el siglo XIX, cada gran revolución tecnológica ha estado acompañada de la misma profecía recurrente: el fin del trabajo humano. Incluso recientemente, en 2013, Carl Benedikt Frey y Michael Osborne publicaron uno de los estudios más citados de la década, estimando que el 47% de los trabajos estadounidenses estaban en alto riesgo de automatización dentro de veinte años[3]. El artículo desencadenó una

---

[2] Brynjolfsson, E., Chandar, B. & Chen, R. (2025). *Canaries in the Coal Mine? Six Facts about the Recent Employment Decline of Early-Career Workers in AI-Exposed Occupations.* Stanford Digital Economy Lab Working Paper.

[3] Frey, C. B. & Osborne, M. (2013). *The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?* Oxford Martin School. (Working Paper)

ola de pánico global, inspirando innumerables pronósticos de desempleo tecnológico inminente.

Doce años después, esas profecías no se han materializado. El empleo no ha colapsado; por el contrario, muchos sectores sufren de escasez aguda de mano de obra. Los estudios de la OCDE[4] ahora sugieren que el 27% de los trabajos están en ocupaciones con alto riesgo de automatización en relación con todas las tecnologías de automatización incluyendo la IA.

Esta brecha revela cuán compleja es realmente la automatización. Como ha destacado el economista del MIT David Autor, la automatización transforma las profesiones con más frecuencia de lo que las elimina. El cajero automático no eliminó a los cajeros bancarios sino que desplazó su rol hacia servicios de asesoría y relaciones con clientes. De manera similar, los radiólogos ahora se enfocan menos en la detección de imágenes - donde la IA a menudo los supera - y más en la interpretación contextual, el historial del paciente y la colaboración interdisciplinaria.

La lección es clara: las tecnologías nunca se despliegan en el vacío. Son filtradas a través de marcos regulatorios, incentivos económicos, resistencia social y decisiones estratégicas tomadas por las organizaciones. Estos factores pueden acelerar, ralentizar o redirigir la trayectoria de la automatización.

Tres configuraciones humano–máquina

Para navegar esta complejidad, nos basamos en el paralelo histórico con la revolución industrial para identificar tres configuraciones fundamentales de interacción humano-máquina. En lugar de predecir qué trabajos desaparecerán, este marco examina cómo el trabajo mismo está siendo reconfigurado - a veces mediante competencia directa, a veces mediante nuevos roles relacionados con la máquina, y a veces mediante la emergencia de roles completamente nuevos. Cada configuración revela diferentes dinámicas de transformación y adaptación, ayudándonos a ir más allá de pronósticos binarios hacia una comprensión más matizada del impacto de la IA en el empleo.

Humanos confrontando la máquina: Competencia directa, colaboración frágil

En esta primera configuración, la máquina entra directamente en roles que antes estaban reservados para humanos. La historia ofrece precedentes impactantes. En la Inglaterra de principios del siglo diecinueve, los luditas destruyeron telares mecánicos que veían como una amenaza existencial. Más tarde, la difusión de maquinaria agrícola diezmó el número de trabajadores necesarios en los campos, provocando un colapso drástico de la fuerza laboral rural.

---

[4] OECD. (2023). *OECD Employment Outlook 2023: Artificial Intelligence and the Labour Market*. OECD Publishing, Paris.